

Ana Teresa Torres

De: "Eventos Alfa Grupo Editorial" <eventos@alfagrupo.com>
Para: "Ana Teresa Torres" <antorres@cantv.net>
Enviado: jueves, 12 de mayo de 2005 10:54
Asunto: Palabras José Pulido

Ana Teresa y la novela policíaca "El corazón del otro"

José Pulido

El corazón del otro, de Ana Teresa Torres, es la cuarta novela que lanza Alfadil en su colección Alfa 7. La calidad de esta obra, viene a reforzar un proyecto que ha arrancado como un tren y que nadie quiere ver fracasar. Es un tren que lleva de pasajero este mensaje: los narradores venezolanos pueden incluir entre los materiales de su oficio la trama policíaca, sin ningún temor o complejo, porque el resultado siempre será óptimo.

Es un hecho, que *El corazón del otro* le está dando toda la razón a Leonardo Milla y a Manuel Caballero, quienes jamás dudaron que los narradores venezolanos existen, son de verdad, y cuando el resto del mundo saque su vara de medir talentos, se encontrará con que los escritores venezolanos no son de tercera categoría. Lo que ocurre es no los llevan para allá, con la adoración con que nosotros los traemos para acá.

Ese título que hoy nos enfiesta, El corazón del otro, es la puerta perfecta para entrar al universo lingüístico que finge ser un caso policíaco. Las otras personas odian, aman, sueñan, se apasionan, se desentienden, tienen miedo: sus corazones hacen que mientan o maten, que vivan en el pasado o se estrellen en el presente. Y cuando lo piensas detenidamente, te das cuenta de que los corazones son una especie, una tribu: se esconden dentro de los cuerpos humanos. Y cada quién tiene uno. Lo que en definitiva significa que mi corazón es el corazón del otro, cuando es la otra persona quien mira, observa, analiza, detalla y asume el mundo desde su punto de vista.

Ana Teresa Torres no necesita que uno hable sobre ella para que la lean.

Pero uno siente la apremiante necesidad de conversar sus libros, de dar vueltas en torno a sus logros. Y, francamente, es una necesidad

que podría muy bien clasificarse como una variante perversa del amor platónico.

No sólo la admiras en cada uno de sus trazos, con cada personaje psicológicamente y filosóficamente bien creado, dueña y señora de un lenguaje inteligente y desenfadado. También, para colmo, sientes la obsesión de buscarle lectores apasionados que se entreguen a esa aventura abrumadora, que consiste en atravesar un colador de sicología femenina. Porque aún saliendo convertido en grumo, abres los ojos a la luz cuando cierras el libro y te sientes satisfecho: lo que no se comprendió de la mujer, se comprende ahora; lo que no se amó por ceguera, se ama a posteriori. Y todo ello disfrutando de un suspenso y de una auténtica novela policial de altos niveles.

Esta es una novela policíaca a la altura de las mejores que se han escrito en cualquier parte y lugar. Y yo me encuentro empeñado en que se multipliquen sus lectores, para que sufran, disfruten y se asombren con cada página como a mi me ha acontecido. He vivido unos días como enfermo, como con fiebre, sin poder concentrarme en otra cosa que no fuera leer esta novela, que me contaminó con los misterios, los dolores, los amores, los miedos, la inteligencia aguda, el amor negro de las mujeres, criaturas capaces de mantener vigente la cotidianidad, de trabajar y hacer diligencias, al mismo tiempo que construyen una historia cuya finura hace vulgar a la tela de araña. Esta novela también me contaminó con el sexo propiamente dicho, que es madre, hija y espíritu santo. Que es poesía de ellas, que es profundidad de ellas y puede hacer sonrojar y llorar a un asesino múltiple o a un sparring de boxeo.

Podría comentar, página a página esta obra, pero debo andarme por las ramas porque la caja de Pandora debe abrirla cada quién con su ritmo. Sin embargo, yo valoro mucho los finales y no puedo evadir la tentación de afirmar que el final de esta novela es asombroso, perfecto, envidiable, maldita sea cuando no se me ocurrió a mi. Eso me ha latigueado como un rejo.

He ahí el problema: Ana Teresa Torres no te da tiempo de admirarla como mujer, como madre, como profesional, como ciudadana: tienes que dedicarte gramo a gramo a la admiración de la novelista. ¿Qué vas a hacer hoy? Voy a pensar en cómo es que esa caraja convierte la pantalla blanca en algo así. Voy a meditar sobre sus inspiraciones. Ya hasta me he imaginado, que su ángel de la guarda

se queda en casa leyendo lo que ella escribe, y se le olvida que debe acompañarla al supermercado.

Tienen que creerme: Ana Teresa Torres es lo que hemos estado buscando para que al fin digan, en el extranjero, ese lugar donde se apuntala el éxito, que los venezolanos sí podemos escribir maravillas como cualquier mortal maravilloso.

En mi casa hay una mata de hojas caídas, como lenguas de perro satisfecho, que durante meses muestra en su centro un palito tan triste, que parece una batuta abandonada. Y de repente, el palito comienza a volverse un dibujo chino y se abren sus orquídeas blancas tan sublimes, que las veo contra el cielo y el cielo parece una solemne pendejada.

El placer indescriptible que me despiertan esas flores, cuyo nombre científico no sé, es un regalo que lamentablemente no se le puede agradecer a la matica, más allá de regarla y de quererla. Aunque Ana Teresa Torres no tiene las hojas caídas, ni es un lánguido palito, su escritura me sorprende cada vez y me produce un placer tan indefinible y sabroso como el de observar esas orquídeas. Esta vez, presentamos una novela policíaca, que debe ser un descubrimiento, un aporte literario: así es como lo siento. Mujeres investigando e investigadas, viviendo cada una todos los obstáculos y las pasiones que abruman al ser humano.

Las mujeres crean la vida, mejoran el universo, hacen más dolorosa la muerte y son el ingrediente misterioso del misterio.

Un joven que se ha suicidado, podría haber sido asesinado. Un joven que están desaparecido, también podría haber sido asesinado. El pasado se tiende en el presente como un tapiz, cuyos dibujos inquietantes se afirman o se borran ante los ojos.

Y después llega, sorpresivo y sonoro, como piedra que trae el río, ese final que aludí y que brota como la flor que Ana Teresa quería cultivar. Una flor eterna, que no se marchita, que no se desperfuma. Esa flor que todos queremos conseguir alguna vez, en el trabajo, e el amor, en la familia, en el país. Gracias, Ana Teresa, por habernos prestado tu corazón, que siempre tiene forma de novela.